

# EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I.

15 de Julio de 1869.

NÚM. 8.

## LA EDUCACION DE LA MUJER POR LA HISTORIA DE OTRAS MUJERES.

Discurso leído en las conferencias dominicales de la universidad central.

SEÑORAS Y SEÑORITAS:

Sin las tinieblas de la noche, apenas nos causaran admiración los hermosos resplandores del astro del día. Sin las sombras, no apreciaríamos en los cuadros de los artistas el encanto del colorido y la magia del claro-oscuro.—Si en estas conferencias, la luz del saber, alimentada y difundida por la privilegiada inteligencia y elocuente frase de los oradores que me han precedido, tuviera necesidad de sombra para brillar mejor ó para realzar más la belleza del animado cuadro que estas sesiones ofrecen, esa sombra sería realmente mi desautorizada palabra.

Pero antes de entrar á exponer el tema, cuyo desarrollo debe ocuparme hoy, necesito haceros una ligera manifestación.

No era yo, en verdad, el destinado á dirigiros mi voz desde este sitio. Profesor de gran elocuencia, de profundos conocimientos en las ciencias históricas y filosóficas, D. Francisco de Paula Canalejas, en fin, era el digno orador destinado á ocupar hoy con sus autorizadas palabras vuestra atención. Imprevista dolencia le impide hacerlo y obedeciendo á la voz del deber, en vista de la indicación de nuestro dignísimo rector, me he decidido, á pesar de conocer mis escasas fuerzas, á ocupar el puesto que tan acertadamente llenaría el citado profesor de la facultad de letras, habiendo tenido apenas tiempo suficiente para prepararme, y en las peores circunstancias posibles, porque hace muy pocas horas se ha visto amenazado mi corazón por uno de los más terribles pesares que pueden turbar su calma.

La enseñanza de la mujer por la historia de otras mujeres, es el tema sobre que debe versar la presente conferencia; y pocos po-

drán presentarse de mas trascendental importancia, pues abraza, en verdad, todas las regiones por donde puede discurrir la inteligencia humana, buscando en los ejemplos de pasadas edades, sabias lecciones para lo presente y lo porvenir.

Si como tuvieron la fortuna de escuchar los que concurrieron á la sesión anterior, de los autorizados labios del Sr. San Romá, la instrucción de la mujer es no solamente un adorno, sino una necesidad, ninguna clase de instrucción puede darse que sea mas importante para la mujer misma que la que le ofrece la historia, no ya en los hechos generales que se aprenden en las aulas, sino en lo que se refiere á la mujer, bien en sus relaciones con la humanidad, bien en la historia de otras mujeres que adquirieron justa celebridad por su virtud, su saber, su ciencia, su inspiración, ó por haber sabido recorrer triunfantes cualquiera de las otras difíciles pero seguras sendas, á cuyo fin se encuentra, como justa y disputada recompensa, la inmarcesible corona de la gloria.

Es necesario que la mujer aprenda en la historia de otras mujeres cual es su fin y su destino para que pueda realizarlos.

Pasaron por ventura aquellos tiempos en los cuales afirmaban los filósofos de la antigüedad que la mujer no tenía mas que un alma de orden secundario, como escribió Aristóteles; en que Eurípides la increpaba desde la escena, diciéndolas que la innata perversidad de su alma había derramado el duelo en la patria, y que de desear sería que la naturaleza descubriese un medio para perpetuar el género humano sin recurrir á la unión del hombre con la mujer; en que Tucídides, por último, llevando al más alto grado su desprecio, aseguraba que de la mujer no debía hablarse ni bien ni mal.

Hace diez y nueve siglos que la hora suprema sonó para bien de la humanidad; diez y nueve siglos que la mujer al escuchar la voz del Redentor, comprendió también su redención en este mundo, y ejerciendo la gran misión del consuelo que le está providencialmente encomendado, siguió al Salvador en sus predicaciones, derramó bálsamo en sus pies,

acudió arrepentida á beber la verdad de sus labios, le siguió angustiada y llorosa en el Calvario, limpió el sudor de la fatiga humana en su rostro divino, y ungiendo su cuerpo con perfumes, oró silenciosa sobre su sepulcro, esperó creyente y le adoró en el día de su gloriosa resurrección.

Y es que la palabra divina fué para el corazón de la mujer, brutalmente ultrajado desde la infancia de las sociedades, la gota de rocío que la fresca alborada de una mañana de verano deja caer en el abrasado cáliz de una azucena.

La mujer estudiando su historia es como únicamente puede comprender lo que fué en el mundo del cristianismo, lo que está llamada á ser en el mundo de la inteligencia. Este estudio la llevará á comprender de qué manera, violada en la infancia de las sociedades esclava despues, fecunda en asquerosa poligamia, sierva de su esposo, recibiendo de otra civilización más adelantada, pero no más grande, la libertad ficticia que la arrancaba de su esclavitud doméstica para arrojarla en la plaza pública á la esclavitud del vicio, se halló espiritualizada por las palabras de Jesucristo, y levantándose como el paralítico, de la forzada inacción en que tenía hundido el hombre su corazón y su inteligencia, se encontró regenerada y engrandecida, abriéndose su alma, como la flor tras la tormenta, á los tibios rayos del sol, á la iniciación de la belleza, que es el arte; á la iniciación del pensamiento, que es la ciencia; á la iniciación del bien que es la virtud.

Si, pues, fijándose sólo en esta comparación puede la mujer deducir trascendentales consecuencias para engrandecer su espíritu y comprender cuán alto es su destino, ved con cuanto empeño debeis estudiar vuestra historia, como el seguro camino que os ha de conducir al deseado perfeccionamiento.

La historia, se ha dicho, es la gran maestra de la humanidad; y tanto, que sin la historia estarian las sociedades continuamente en su infancia, y el hombre, ocupado siempre en empezar el extenso camino de los adelantos, para verlos desaparecer al terminar su corta vida individual, dejando á las generaciones venideras la ingrata, la infucunda tarea de empezar de nuevo. Por el contrario, existiendo la historia, los conocimientos humanos tienen vida permanente, y desarrollándose á través de los siglos, llegan á formar el gigante edificio de la civilización humana, inmenso monumento de la ciencia del hombre, que, apoyado en la creencia, se eleva al cielo como gigantesca Babel, sin temer que la confusión de lenguas venga á destruirlo, porque no es el osado reto de la criatura al Creador, sino el resultado legítimo del digno empleo de la in-

teligencia que el mismo Dios le concediera al hombre.

La historia, por otra parte, lleva consigo el ejemplo; y el ejemplo despierta al noble estímulo; y el estímulo incita al genio; y el genio ama la gloria; y de tan espiritual amor nace, para animar el mundo de las inteligencias, la refulgente luz de la inmortalidad.

Si los conocimientos históricos son de tan importante trascendencia, si la mujer ha de comprender en su historia sus desgracias pasadas, su rehabilitación más tarde, y su ventura despues, ¿que estudios más apropósito para esta hermosa mitad del género humano que los que se refieren á ella misma, ni que estímulo más poderoso para su corazón y su pensamiento, que el ejemplo que les ofrece la historia de otras mujeres, que adquirieron merecida celebridad por sus altas cualidades?

¿Y en quien puede ser mas fructuoso este estudio que en la mujer española, que, sin necesidad de recurrir á otras naciones, tiene en el libro de la historia patria admirables modelos que imitar, en cualquiera region de ideas que eleve su espíritu?

¿Dudais acaso que vuestra inteligencia pueda seguir el movimiento científico y literario dedicándose á los estudios serios, ya profundizando las obras de los escritores de la antigüedad, ya siguiendo el rápido vuelo de la inspiración poética? Pues sin que os recuerde celebridades contemporáneas, por no ofender su modestia, volved la vista á los siglos XVI y XVII; recorred, sobre todo en el primero, esa gloriosa pléyade de mujeres ilustres que tanto se distinguieron en el difícil idioma del Latín y en todas las ciencias humanas, llegando hasta á regentar cátedras algunas de ellas en las universidades, y fortificad vuestra vocación recordando, entre otras, á Beatriz Galindo, á Luisa Sigea, á Catalina Badaño, á Isabel de Córdova, á Luisa Medrano, y sobre todo, señoras, á aquella mujer tan correcta escritora como inspirada poetisa, tan profundamente pensadora como de fe entusiasta, que, no encontrando nada digno de su gran corazón en la tierra, dedicó toda la inmensidad de su sentimiento á la adoración de Dios: ya habreis comprendido que me refiero á Santa Teresa de Jesús.

¿Queréis buscar tambien ejemplos que levanten vuestro sentimiento á las esferas de la inspiración, viendo de qué manera la mujer, bella por naturaleza, realiza el ideal de lo bello en el arte? Pues tornad los ojos á ese mismo período histórico, y encontrareis los nombres de Angela Sigea, la duquesa de Béjar, y el de aquella célebre artista que se levantó en alas de su genio á más envidiable altura que su desdichado protector el rey Carlos II; el nombre de Luisa Roldán, la célebre escultora,

alguna de cuyas bellísimas obras habréis tantas veces admirado en el Escorial.

¿Quereis todavía admirar ejemplos de mujeres que, colocadas en el trono, demostraron prudencia, energía, previsor espíritu y tan altas cualidades de mando, que las envidiarían muchos monarcas? pues bien; ved la historia de D.<sup>a</sup> Berenguela; D.<sup>a</sup> Blanca, madre de San Luis; D.<sup>a</sup> María de Molina, y la gran Isabel la Católica; nombres que deben repetirse siempre con admiración, y mucho más en el período que atravesamos, porque aquellas princesas fueron las primeras que con su privilegiada inteligencia comprendieron que las verdaderas fuentes de su poderío estaban en el elemento popular, por lo que, levantándolo y enalteciéndolo, contrasitaron con él victoriosamente las insaciables aspiraciones de los señores y de los magnates.

¿Quereis ejemplos de virtud heroica que fortalezcan en vuestros corazones los principios de severa rectitud que distinguió siempre á la mujer española? Ved á la esposa de Guzman el Bueno destrozando su corazón, sin rebelarse á pesar de ello contra su esposo, cuando arrojaba este desde los muros de Tarifa el puñal que habia de arrancar la existencia á su hijo, ó más tarde atormentando su cuerpo porque no cediese á torpes deseos. Ved á D.<sup>a</sup> María Coronel, que, perseguida tenazmente por D. Pedro de Castilla, prefirió sufrir el martirio de desfigurarse el rostro hiriéndoselo horriblemente con una espada, y convirtiendo así el incentivo de su belleza en firme baluarte de su heroica virtud. Ved á la espiritual amante Isabel Segura, aquella ejemplar doncella, que prefirió la muerte del hombre á quien amaba y morir ella misma, antes que faltar á sus deberes, cuando el escogido de su corazón, á quien habia esperado tantos años, sólo le exigía por eterna despedida una caricia casi de amistad. ¡Amor sublime que, andando los siglos, habia de inspirar aquellos notables versos, que el laureado vate (1) que tan dignamente me ha precedido en este lugar, puso en boca de Isabel de Segura en su inmortal obra «Los Amantes de Teruel»:

Nuestros amores

Conserve la virtud libre de mancha:

Su pureza de armiño conservemos;

Aquí hay espinas, en el cielo palmas.

¿Quereis sentir dulcemente impresionado vuestro sensible corazón con admirables ejemplos de ternura conyugal? Pues volved la vista al poético período de las cruzadas, y allí, en medio de un campamento, en el interior de una tienda de campaña, hallaréis á un esfor-

zado guerrero próximo á espirar, herido por emponzoñada saeta; para salvarle no hay más medio que chupar el veneno de aquella herida, perdiendo acaso la existencia quien á tanto se atreva. Pero al lado de aquel hombre hay una mujer hermosísima que no vacila un momento; y conducida por un amor más poderoso que la muerte, recoge en sus enamorados labios la mortal ponzoña, salvando así la vida del ilustre inglés, Eduardo, hijo de Enrique III. Aquella mujer era su esposa, la digna hija de San Fernando; la infanta doña Leonor de Castilla; aquella mujer era también española.

Sí, señoras; en todas las regiones á donde querrais dirigir el pensamiento, habréis de encontrar iguales ejemplos. Aunque no á todas es dado alcanzar el esfuerzo más propio de ánimos varoniles, recordad también que las mujeres de nuestra patria dieron con harta frecuencia ejemplo de ese valor heroico que alcanzó merecida celebridad á Catalina Erao, á María Pita, á Juana Juarez de Toledo, á la digna mujer de Juan de Padilla, y en días casi cercanos á los nuestros á las inclitas Condesa de Bureta y Agustina Zaragoza, que en la heroica ciudad que baña el Ebro hicieron retroceder más de una vez las orgullosas y aguerriadas huestes de Austerlitz y de Jena.

¿Qué más! Para que no haya virtud en que la mujer española no pueda presentaros sus gloriosos recuerdos, hasta en las virtudes cívicas, os ofrece otra el más grande ejemplo que puede presentar nación alguna; ejemplo cuya memoria me enorgullece, porque la mujer que supo ofrecerlo á la posteridad, abrió sus ojos á la luz, allí donde también se deslizaron mi infancia y mi juventud, en la poética y oriental Granada. ¿Sabeis quién es? Repetid, señoras, su nombre á vuestros hijos, á vuestros esposos, á vuestros padres, á los escogidos de vuestro corazón. Repetidlo con lágrimas en los ojos, con oraciones en los labios, con sentimiento de horror en vuestro pecho para sus verdugos. Aquella mujer se llamaba doña Mariana Pineda, matrona digna de épica fama, que prefirió morir con abnegación sublime, antes de descubrir el secreto que los libres le confiaron. Doña Mariana Pineda, que por salvar á los generosos patricios que debían levantar el pendon de la libertad que bordaban las delicadas manos de la heroína, marchó al suplicio, dejando huérfanos y sin amparo á sus hijos, por no descubrir aquellos nombres, y perdiendo la vida en medio de su hermosa primavera, en manos del verdugo, sin que saliera de sus labios ni una palabra de reconvencción, ni una queja de natural temor.

En un país donde tantos y tan grandes ejemplos pueden seguir nuestras mujeres, bien puede sostenerse el tema de que su educación de-

(1) D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que leyó su bellísimo cuento fantástico «La hermosura por castigo».

be perfeccionarse y formarse con la historia de la mujer misma, pudiendo aprender en ella, lo que fué en lo pasado, lo que es y debe ser en lo presente, y lo que será en los días venideros.

Si de hoy en adelante debe hacerse imposible la existencia de la mujer, reducida a ser la criada de distinción del marido ó la superficial *marisabidilla*, según la oportuna frase del Sr. San Romá; si una acertada instrucción debe formar la segura base en que estriba la felicidad doméstica, para que el misterioso vínculo del amor sea un cambio perpétuo de simpatía y de pensamiento, que ilumine y conserve el fuego sagrado del amor conyugal encendido en el altar cristiano, la mujer debe dedicarse al estudio de su historia, como uno de los más seguros medios para realizar los altos fines que el Hacedor del mundo se propuso al crearla.

Contribuid todos, señoras y señores, á esta obra verdaderamente buena; que en la instrucción de la mujer está la verdadera revolución social. Lo he dicho antes de ahora, y me permitiré que termine con estas palabras: «No lo olviden los hombres de ciencia y los corazones amantes del bien. Trabajemos todos para que llegue un día en que la mujer, sin más armas que sus encantos, su instrucción y su virtud, humille bajo su débil pié el imperio de la fuerza, y alzándose triunfante sobre ella, extienda tranquila la dulce mirada de sus hermosos ojos por el inmenso horizonte de lo porvenir.»

J. DE D. DE LA RADA Y DELGADO.

## LA BATALLA DE BAILEN.

### ODA.

España, patria mia,  
Tu nombre invoco al empezar mi canto:  
Préstame en él tu generosa guía,  
Ya que mi pecho sin cesar te envía  
De santa gratitud el noble llanto.  
Grande, hermosa, opulenta, iluminada  
Por el sol de más vívidos fulgores;  
Besada por las brisas de dos mares  
Cuyas espumas fieras  
Ambicionan con ansias seculares  
La dicha de morir en tus riberas;  
La planta codiciosa  
De cien conquistadores y cien razas,

Cual inquieto huracan de saña lleno,  
Rompió tus venas y manchó tu seno  
Con el baldon de torpes amenazas.  
Las quillas atrevidas  
De los nautas fenicios; los traidores  
Hijos de la república altanera  
De Cartago venal; la fiel bandera  
Que cubrió las legiones agueridas  
De su eterna rival, la altiva Roma.  
Que inflamada en ardiente patriotismo  
Cruza los mundos y los pueblos doma;  
Las sanguinarias masas que rodaron  
Del yerto septentrion, cual la avalancha  
Que en incesantes tumbos desprendida  
Su inmensa mole y su furor ensancha,  
Y rompiendo en sus brazos  
La Roma de las lúbricas orgías  
Lanzáronla á los vientos en pedazos;  
El ciego rumbo incierto  
De viles muchedumbres apiñadas,  
Ardientes cual la arena del desierto,  
Y cual grano de arena, no contadas,  
Todas en torvo paso  
Caminando al empuje de las horas.  
De la España infeliz en sangre pura  
Inundaron las garras opresoras.  
Y luchas otra vez: nuevo tirano  
Intentó encadenar con mano alevé  
Al generoso pueblo castellano.  
¡Napoleon! su nombre maldecido,  
Hizo al mundo temblar como las hojas  
Del árbol por el cierzo combatido.  
El Elba, el Rhin, las plácidas llanuras  
De Italia desgraciada; las estepas  
De la orgullosa Rusia; Europa toda,  
Anegóse en un mar de desventuras.  
Desde los altos vértices  
De las viejas pirámides de Egipto,  
Cuarenta siglos muertos  
El valor del guerrero contemplaron;  
Y á su feroz empuje,  
Las moles pesadísimas temblaron.  
¡Qué opondrás á su paso, España mia,  
Cuando de saña lleno  
Venga á romper tu destrozado seno  
El recio dardo de su mano impial  
Y al fin la hora sonó: y el Dos de Mayo  
Vió tremolada la inmortal bandera  
Que besó en Covadonga don Pelayo.

\* Escrita para solemnizar el aniversario de este memorable hecho de armas, ocurrido el 19 de Julio de 1808.

Espanoles, luchad, el espantoso  
 Vértigo ardiente de agitados mares,  
 Es menor que el aliento valeroso  
 De un pueblo que defiende sus hogares.  
 Dios vibra á vuestro lado  
 Su espada donde late la victoria:  
 La vida vale menos que la patria:  
 El sepulcro es la puerta de la gloria.  
 El guerrero atrevido que pasea  
 Su nombre vencedor de polo á polo,  
 No os llamó como bueno á la pelea;  
 Cubrióse audaz con la traicion y el dolo.  
 Él os juzga ya esclavos: tanta mengua  
 Nunca sufrió mi pueblo castellano;  
 Sin castigar á quien hirióle insano  
 Azotándole el rostro con la lengua.  
 Europa estremecida  
 Miraba á España con el ansia triste  
 Del naufrago infeliz, que en lontananza  
 Divisa pobre tabla combatida,  
 Y no osa acariciar la dulce vida  
 Ante la luz de inútil esperanza.  
 Pero el reloj de eternas expiaciones  
 Marcó la hora fatal: ¡una mañana  
 Despertóse la aurora.....! ¡patria mia,  
 Con qué vivos fulgores  
 Sobre tu seno, nido de dolores,  
 La luz de esa mañana brillaría!  
 ¡Los campos de Bailen..! ¡campos queridos,  
 Si despues de los siglos tal vez late  
 Algun pecho español, como memoria  
 De noble gratitud al fiel combate  
 Os mandará un torrente de gemidos!  
 Allí mi España está: sus hijos todos,  
 Cuantos guardó ese suelo venerado  
 Intrépidos guerreros,  
 Llevan el corazon mejor templado  
 Y mas duro tambien que sus aceros.  
 Ellos son.... allí están.... la raza aleve  
 Que los amaga, al olvidar la historia,  
 De nuevo llega y á luchar se atreve.  
 Miradlos, son aquellos  
 Que os arrojaron en edad pasada  
 Al turbio Garellano,  
 Y en Cerinola, San Quintin, Pavía,  
 Y en cien y cien batallas,  
 Arrancaron el triunfo á vuestra mano  
 No por traicion, sino á la luz del dia.  
 ¿Qué esperáis? qué quereis, huestes malditas?

¿Venís acaso con empeño loco  
 A reparar derrotas infinitas?  
 ¡Paso al nombre español! ¡paso á los buenos!  
 Huid, huid, traidores,  
 Corred en espantoso torbellino,  
 Si no quereis que al dar en su camino,  
 Donde esclavos soñais, halleis señores.  
 Atrás.... abandonad la empresa fiera;  
 España fué leal, mas no se doma;  
 Y si hollaís en su nido á la paloma,  
 La tornareis en águila altanera.  
 La victoria es de Dios y él os la quita:  
 El ambiente, la luz, el ancho cielo,  
 Los bosques, los torrentes y los valles,  
 El sol que centellea  
 Y cuanto vive en el hispano suelo,  
 Os asedia en la bárbara pelea;  
 Y hasta el cercano rio  
 Tinto de sangre y con rencor profundo,  
 Redobla su carrera en ágil brio  
 Por anunciar vuestra derrota al mundo.  
 Soldados de la patria, á nuevas lides  
 Os llamará ese ejército altanero  
 Que os provocara audaz: nuncio de gloria,  
 Con el nombre de Dios, el nombre ilustre  
 de Bailen invocad: él la victoria  
 Atará á vuestro brazo, como un día  
 Los valientes cristianos caballeros  
 En espantoso estrago,  
 Arrollaban las huestes musulmanas  
 Con sus limpios aceros,  
 Al invocar el nombre de Santiago.  
 Pueblos, razas, naciones,  
 El sol de Waterlóo, sol de bonanza,  
 Vertió sobre Bailen la luz primera  
 De fervida esperanza.  
 La estatua aborrecida  
 De quien al mundo imaginó cautivo,  
 Queda al caer del pedestal altivo  
 En finísimo polvo convertida.  
 Bailen, noble ciudad, la lumbre pura  
 Que colora tus plácidas colinas,  
 Fué la primera que bañó mis ojos:  
 Con los años que espiran,  
 Mi amor por tí bajo mi pecho acreces  
 Y al evocar tu nombre y tu recuerdo,  
 Mi patria en él bendeciré dos veces.  
 Feliz si me dá abrigo  
 Bajo el azul de tus hermosos cielos,

La tierra donde duermen en sus tumbas  
 El sueño de la paz nuestros abuelos,  
 Bailen, yo leo orgulloso  
 Los timbres inmortales  
 Del guerrero abatido en tus llanuras:  
 Yo quiero que la historia,  
 Ciña á su sien con vivos resplandores  
 El sangriento laurel de las campañas:  
 Porque si grandes fueron sus hazañas,  
 Mas grandes deben ser sus vencedores.

FEDERICO DE PALMA Y CAMACHO.

## SHAKESPEARE Y EL HAMLET.

### ESTUDIO CRÍTICO.

Cuando leemos ó vemos representar el Hamlet, parece que recorremos una rica galería de magníficos cuadros, que representan los diferentes episodios de una tristísima historia: tipos, colores, sombra, claro oscuro, situaciones y ejecución, se presentan ante nosotros, deslumbrando ó deleitando la vista y haciendo vibrar en nuestra alma las más delicadas fibras del sentimiento.

El Hamlet aparece en el siglo XVI, en la época del renacimiento; esa era de transición entre la edad media y la moderna; en los momentos en que las semillas de la duda, sembradas por la Reforma, germinaban en los espíritus; cuando se hundían á la par, el feudalismo y las municipalidades y se entronizaban las monarquías absolutas; en el período en que los descubrimientos de la imprenta, de la pólvora y las Américas, cambiaban, en el fondo y la forma, la situación social y económica de la Europa entera.

Al espíritu caballeresco de la edad media va á suceder el diplomático; al Cid, Fernando V de Aragón; la mitología pagana viene á ocupar el lugar de las hadas y genios de los libros de caballerías; Venus y Marte reemplazarán á Armida y Reinaldo, y los bizantinos Gemisto y Pliton explicarán á Homero y Píndaro bajo los

afilgranados pórticos por donde cruzaron un día Dante y Petrarca.

En esta época nace Shakespeare; en él se reúnen todas las distintas aspiraciones y sentimientos de su siglo: poeta eminentemente original, crea tipos nuevos, desconocidos, mezclando á los brillantes colores del pintor, las observaciones filosóficas del hombre de mundo; conserva en poesía el elemento maravilloso de los escandinavos; ensaya con prodigioso éxito la tragedia romana, y aunque algunas veces rinde parias á su siglo, mostrándose tan sutil ergotista como un escolar de Oxford, en otras su poesía tiene la sublime sencillez de la de los bardos primitivos.

En la época en que el clasicismo se extendía á todos los pueblos de Europa, presentando los ejemplos de sus escritores y sus preceptos literarios como reglas absolutas de belleza, Shakespeare infringe á cada paso esas reglas, demostrando cumplidamente que ellas no bastan á producir obras que sacien por un momento la ardiente sed de lo ideal que agita de continuo al espíritu humano.

Shakespeare como Calderon infringe á cada momento esas reglas, quebranta las tres célebres unidades de acción, lugar y tiempo. Mas apesar de esto, si un tribunal superior llamase á certámen las dos escuelas clásica y romántica, bien podría el romanticismo oponer con ventaja á Esquilo y á Sófocles, Shakespeare y Calderon.

Las obras de arte, como expresión de los sentimientos y de las ideas de los siglos en que se producen, no pueden sujetarse á reglas absolutas, inmutables, eternas, porque esas reglas se opondrían á la ley del progreso. Hé aquí la razón porque la *Iliada* y la *Eneida* tienen que diferir tanto de la *Divina Comedia* y de la *Jerusalén libertada*, cuanto difiere la primitiva sociedad de los helenos de las sociedades de la edad media, cuanto difieren Eneas de Godofredo de Bouillon, las belicosas ciudades de la naciente Grecia, de los tumultuosos estados de la Italia.

Es Hamlet un joven príncipe de Dinamarca, entristecido por la reciente muerte de su padre y atormentado por un doloroso presentí-

miento; una noche sus amigos le llaman á una esplanada del castillo en que vive, en donde de repente aparece la sombra de su padre, quien le revela que ha sido asesinado por su hermano, que en relaciones adúlteras con su esposa, ambicionaba el trono.

La situación de espíritu de Hamlet, la hora, el sitio, lo terrible de la revelación, aquella fantástica aparición en cuyas armas destellan los rayos de la luna, dan lugar á una escena eminentemente trágica, superior á la de la aparición de las furias en el *Orestes*: Shakespeare parece haber hundido su mirada en lo sobrenatural y arrancado ese fantasma de los espacios infinitos, para aumentar con él la grandeza de la obra querida de su alma.

Desde entonces comienza Hamlet á afectar la locura que algunas veces se apodera realmente de él: en medio de ella mata á Polonio, el padre de su amada Ofelia, y esta acción y sus palabras inconscientes, dan lugar á la desesperación de esta, que se suicida en las aguas de un riachuelo, menos puras que su alma.

Hay en este momento una escena en el Hamlet, que sobrepuja quizá en grandeza á todas las de las demás obras del inmortal poeta inglés.

Hamlet en un cementerio ante la abierta fosa de su amada, vé sacar de la tierra algunos restos humanos, entre los que adivina en una calavera la cabeza de Yorik el bufon de su padre; entonces, acometido de la fiebre del desvario, comienza ese célebre diálogo, en el que las ideas de la existencia del alma y de su destino futuro, aparecen bajo la forma de la más desconsoladora duda.

Shakespeare, envuelto en la atmósfera de la Reforma, entre las ruinas de la fe religiosa, lanza un grito de angustia y de duda, y se sonríe después con la sarcástica risa de Satanás, desesperado é impotente.

Al mismo tiempo que el poeta inglés personificaba en Hamlet el espíritu de su siglo, un poeta español personificaba en Sigismundo la aspiración del espíritu humano á la ciencia y á la libertad; al mismo tiempo que Shakes-

peare ansiaba hallar señales de la vida en lo eterno, Calderon buscaba la ley de la existencia humana en la tierra.

La trama se desarrolla después naturalmente; Hamlet se salva de los lazos que para matarle le tiende su tío, hasta que por último dá la muerte á este con la misma arma que había servido para envenenarle.

En esta, como en todas las tragedias de Shakespeare, los personajes tienen su vida propia, su fisonomía particular diferente de las de los demás; en ella vemos destacarse en primer término la poética figura de Hamlet, sombría unas veces, sarcástica otras, arrebatada siempre por su inextinguible deseo de venganza: Ofelia, su amante, se muestra en una vaga lontananza rodeada del triple prestigio de la juventud, la desventura y la belleza: el tipo del rey está sin concluir; es como un bosquejo, como un boceto del de Macbeth y de Enrique IV, corazones de lodo, á los que arrastra y hasta engrandece la ambición, pero á los que destruye el remordimiento: la madre de Hamlet aparece un momento para disculpar con su trágico fin y con lo inmenso del amor materno, los extravíos de la pasión.

Caractéres nuevos y originales, la trama con habilidad conducida á una conclusión trágicamente teatral, magníficas descripciones, lenguaje en gran parte despojado de las sutilezas y obscenidades que afean y oscurecen otras obras de su genio, hé aquí el Hamlet de Shakespeare: en él no es ya el destino, *el fatum* pagano, quien produce sus terribles escenas, sino las pasiones humanas desencadenadas y sin freno.

La mayor parte de los grandes poetas excitan la admiración por golpes de efecto; el gran trágico deslumbra desde el momento en que aparece en escena: es como un río de lava ardiente que se precipita encendido desde el inflamado vértice de un volcan, iluminando con sus rojizos resplandores los lugares por donde cruza.

FRANCISCO GUILLEN ROBLES.

## LA PRESENCIA DE DIOS.

Allí, gran Dios, presente  
Atónito mi espíritu te siente.  
(Melendez.)

Fúlgido ostenta el sol sus hebras de oro  
y de nácar y azul las nubes tiñe;  
la primavera su corona ciñe  
de rosas y azahar.

De las pintadas aves almo coro  
mágico suena en la floresta umbría,  
y perfumadas auras mayo envía,  
que convidan á amar.

Amor la brisa lánguida murmura,  
amor las aves en sentido canto,  
el sol en sus celages de amaranto,  
en su matiz la flor.

Amor el campo y la corriente pura  
del arroyo fugaz, que serpentea;  
cuanto del hombre el ánimo recrea,  
todo respira amor.

Del Supremo Hacedor la eterna mano  
do quier se vé: de su potente gloria,  
de su favor la proteccion notoria  
no negará la fé.

Y ciego corre el corazon humano,  
desconociendo á Dios, al hondo abismo  
del vicio vil, y en torpe sensualismo  
los escollos no vé.

Mira en el horizonte parda nube,  
que el brillo apenas de la luz empaña,  
y se torna huracan, y en fiera saña  
todo lo lleva en pós.

A la etérea region bramando sube,  
y el hórrido tronar de la tormenta  
¡ay! al humano misero amedrenta  
con imponente voz.

Rompe su márgen caudaloso rio,  
y las cabañas turbulento inunda,  
y con fragor insólito circunda  
el llano y la ciudad.

Y se escucha el confuso vocerío  
del medroso mortal, que el daño llora,

y que de Dios la proteccion implora  
con ferviente piedad.

Pues en el prado ameno, y aura pura,  
en la vistosa flor, ave parlera,  
en la selva, en el campo, en la ribera,  
Dios soberano está.

Y está en la mancha de la nube oscura,  
y en la tormenta que en redor desata,  
y en el espejo de luciente plata,  
que el rio manso dá.

Y le miro en la flor de los pensiles,  
en la desnuda roca de la sierra,  
el átomo fugaz, la estéril sierra,  
en el insecto vil.

Le veo en las caricias infantiles,  
de mi conciencia en el oculto seno,  
en mi agitado espíritu ó sereno,  
dentro le siento en mi.

Todo es de Dios omnipotente, hechura;  
todo de Dios la providencia aclama;  
el hombre á Dios en sus miserias llama,  
como supremo bien.

Siempre, émpero, rebelde la criatura  
cuando la dicha goza, á Dios olvida;  
como si hubiera en la angustiosa vida  
dicha alguna sin ÉL.

Vuelve, torpe mortal; de los placeres  
huye y la senda de tu bien elige:  
de tu insensata libertad se aflige  
tu Supremo Hacedor.

Nunca en el vicio vil la paz esperes;  
si ser feliz tu espíritu desea,  
pura y santa virtud tu norma sea,  
en la fugaz mansion.

Ni el oro, ni el poder ni los honores  
aliviarán el conturbado pecho,  
que de la vida en el bajel deshecho  
en procelosa mar,  
la suerte otorga equívocos favores;  
mas quien modesto en la virtud confia,  
y á Dios elige y en su culto fia,  
ese feliz será.

JOSÉ MUNTADA.

## LA REBELION DEL ALBAICIN.

## EPISODIO DE LAS GUERRAS DE GRANADA.

(CONTINUACION.)

## X.

La muerte del alguacil Velasco y la retirada de la sediciosa muchedumbre ante la puerta, respetada por ella con buen instinto, del cámen de Ramiro y María, no fueron el desenlace, si no mejor el prólogo, de la rebelion del Albaicín.

Junto al cadáver de Barrionuevo se veia otro, que al principio hubo tal vez de creerse fuera otra victima del incivil agente de la autoridad; aunque más tarde se averiguó ser el del bárbaro moro que desde lo alto de su casa arrojó la enorme piedra que aplastó al imprudente alguacil, y el cual, perdiendo el equilibrio, cayó tras ella y se estrelló en el suelo. ¡Dios no quiso dejar impune tan alevé asesinato!

Además, la desaparicion de la mora Castañuelas, á quien muchas personas habian observado en la calle vertiendo sangre por boca y narices, hizo creer á sus hijos, deudos y vecinos, que habia sido muerta violentamente por el intolerantisimo alguacil.

Y á estos hechos, referidos con exageracion, error ó falsedad, se agregaban mil noticias, las más inverosímiles y absurdas que, sin embargo, eran recibidas con avidez por los agitados moros, cual moneda corriente.

Quién decia, que Cisneros habia salido de la Alcazaba con muchos hombres de armas, éleigos y ministriles, y queria entrar en el Albaicín á sangre y fuego: quién habia visto ya derribada una puerta de su murado recinto; y quién aseguraba, como artículo de fé, que iban seguidamente los cristianos á batir en brecha la muralla, con máquinas de guerra que habian aproximado, para pasar á cuchillo á todos los moradores de aquel barrio temible y revoltoso.

¿De qué se compone un motin? Ha preguntado, en una de sus obras, Víctor Hugo. De todo y de nada: es la respuesta. De una electricidad que se desarrolla fugazmente; de una llama que se forma de súbito; de una fuerza pasajera, de un soplo que se disipa, pero el cual encuentra en su camino cabezas inflamadas, cerebros ardientes, almas padecidas, pasiones exaltadas, intereses agitados y miserias removidas: luz fosfórica brotada de la escama de los peces que bullen serpenteando entre el cieno de una laguna, y que á cierta distancia puede al-

guno tomar por estrellas del cielo retratadas en los purísimos cristales de un trasparente algo. La fé irritada; el entusiasmo contrariado; la indignacion conmovida; el valor juvenil exaltado y comprimido; la ceguedad generosa; la curiosidad imprudente; el placer de lo desconocido; los vagos ódios; los injustos rencores; la nécia vanidad; las ambiciones inquietas; la esperanza de asaltar facilmente una brillante posicion; el afán de subir que aqueja siempre á los que están algo elevados; la pesca en el río revuelto de lo más bajo de la sociedad; un lodo que, maravillosamente, se hace pólvora: tales son los elementos de los motines.

Todo tumulto cierra las tiendas, asusta el capital, suspende los negocios, paraliza el comercio, precipita las quiebras, hace huir el dinero, perturba ó lesiona las fortunas privadas, mata el crédito público y particular, desconcierta la industria, hiere gravemente la cosecha de los campos, determina la miseria de los obreros, lleva el hambre al hogar del pobre, resfria la caridad del rico disgustado ú ofendido de las turbas; y por eso, con sobrada razon, manejando el escalpelo del estadista analítico para sondear estas llagas sociales que se llaman rebeliones, el profundo pensador en cuya irrecusable autoridad me apoyo al hacer estas observaciones, dice así:

«Se ha calculado que el primer día de motin cuesta á Francia veinte millones, el segundo cuarenta y sesenta el tercero; un motin de tres días cuesta ciento veinte millones; es decir, que no teniendo en cuenta más que este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio ó una batalla perdida, en que pereciera una escuadra de sesenta navios.»

## XI.

Si queremos tener la descripcion de una asonada de nuestros días, un tumulto moderno, que puede considerarse como el eco fatidico de la rebelion del Albaicín, de que tan escasas noticias nos han dado nuestros historiadores, el mismo Víctor Hugo dice: «Los dragones avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en el arzon, los sables envainados, las carabinas en el mosqueton; esperando, con un aire sombrío. A cincuenta metros del puente hicieron alto.»

«El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron filas, le dejaron pasar y volvieron á cerrarlas. En aquel momento, se tocaban la tropa y la multitud, ménos las mugeres, que huyeron aterradas.»

¿Qué sucedió en aquel instante? Nadie podrá decirlo. Aquel fué el momento pavoroso en que se chocan dos nubes. Unos dicen que en el lado del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba ataque; otros, que un muchacho dió una

puñalada á un dragon. El hecho es que se oyeron tres tiros: el primero mató al jefe del escuadron Cholet; el segundo, á una vieja sorda, que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial. Una muger gritó: «ya se ha empezado»; de repente se vió, por el lado opuesto del muelle Morland, un escuadron de dragones, que habia quedado en el cuartel, desembocar al galope, sable en mano, por la calle Bassompierre y el boulevard Bourdon, y barrer cuanto encontraba por delante.»

»Todo se olvida entonces. Desencadenase la tempestad; llueven las piedras; estalla el fuego: unos se precipitan por los malecones y pasan el estrecho brazo del Sena, hoy cegado; las canteras de la isla Souviers, vasta ciudadela natural, se erizan de combatientes; se arrancan estacas y se bosquejan barricadas al ruido de los pistoletazos: unos jóvenes atraviesan, á paso de carga, el puente de Austerlitz y atacan á la guardia municipal: acuden los carabineros; los dragones acuchillan; la multitud se dispersa en todas direcciones; un rumor de guerra llena el espacio; en los cuatro extremos de París, se grita: «¡á las armas!»

»Las gentes corren, tropiezan, caen, huyen, resisten, mueren. La cólera sopla el motin, como el aire sopla el fuego.»

Es menester completar la descripción que tomamos de Víctor Hugo. ¿Crece y se agranda y llega á ser formidable la rebelion? Entonces no ha sido un motin; ha sido una insurreccion verdadera; puede hasta ser una revolucion política y aun social: es un volcan que representa la cólera popular traducida por esta frase: «justicia del pueblo»; significa la reivindicacion del derecho vilipendiado, y su encendida lava es fecunda, como la del Vesubio, que fertiliza los viñedos arraigados en la falda del monte. Aquellas plantas que durante la incandescencia ó el curso de las materias líquidas inflamadas, se quemaron y murieron, nada valen comparativamente con las que se curaron, rejuvenecieron é hicieron mas productivas y hermosas.

¿Es pequeño y no se aumenta y al fin queda sofocado el tumulto? En ese caso, era solo un motin; era la cólera del pueblo, equivocada: una especie de tromba levantada en la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, cruje, truena, arranca, rompe, demuele, desarraiga y lleva por delante á los grandes y los pequeños, á los fuertes y los débiles, á los amigos y los contrarios; cual un terrible huracan que asola toda la campiña y barre del propio modo los troncos de las encinas y el tamo de las eras, la cabaña del pastor y la guarida del bandido, la colmena de las abejas industriales y el cubil de los lobos sal-

teadores. ¡Desgraciado aquel á quien arrastra la tromba! ¡Desgraciado tambien aquel contra el cual choca furiosa y ciega en su inconsciente y récia acometida! Ella estrellará al insensato á quien lleve absorbido en su seno, lo mismo que al temerario que la espera á pié firme, abroquelado en su derecho ó amarrado á la playa tempestuosa por el áspero cable de su inflexible deber.

Esta es una teoria, que vale tanto como cualquiera otra: la teoria de los motines y las insurrecciones, si nó enteramente nueva y original en el fondo, notable al ménos por su forma, y compuesta, en parte, con pensamientos, ya que no tanto con palabras, del popular autor de *Los Miserables*.

## XII.

Era verdad efectivamente, como habian dicho algunos, que el prelado ministro, el gran Cisneros, á la primera señal que notó desde su palacio, situado en la Alcazaba, de la rebelion del Albaicin, se precipitó sobre el barrio sublevado, acompañándole muchos clérigos y alguaciles y pocos hombres de armas, que apenas podian seguirle: tanta era la premura con que marchaba.

No fué poca su fortuna cuando, al llegar junto al cármén de Ramiro, cuyas cercanías estaban despejadas, encontró en ellas al cristiano nuevo, tan querido de todos sus convecinos; á Salcedo, su propio mayordomo, y al antiguo Zegri Azaator, ó sea el converso Gonzalo.

Este último se ofreció á ir, no sólo á esplotar lo que en el centro y la parte más elevada del barrio sucedia, sino á oír las quejas ó peticiones de los rebeldes; y entrando, mientras volvia, Cisneros y parte de su séquito, en el cármén, algunos alguaciles y soldados, bajo la direccion de Salcedo, atendieron á retirar los cadáveres que habia en aquellas inmediaciones.

María, entre tanto, asistia y cuidaba con fraternal solicitud á la herida Castañuelas, cuyo estado dichosamente no inspiraba serios temores. La infeliz besaba y humedecía con lágrimas de tierna gratitud, las manos de su bienhechora, y la decia:

—Lo que de mí no hubieran conseguido jamás con prisiones y torturas, lo haceis vos solamente con vuestra dulce caridad; porque siendo, como sois, la mejor de las mujeres, la religion que habeis abrazado no puede ménos de ser la de las almas buenas y virtuosas. Yo pido, desde ahora, ser cristiana.

Gonzalo volvió á poco, y refirió que los moros, alzados en rebelion, gritaban lo que piden los oprimidos: «libertad», y decian: que el Albaicin no se habia levantado contra sus altezas, sino en favor de sus firmas; pues lo que únicamente pedian era el cumplimiento de las

capitulaciones. El enojo de Cisneros fué grande al oír esta razón, que, por no tenerla su intolerante política, se la daba, de un modo completísimo, al conde de Tendilla y al arzobispo Talavera.

Manifestóle también Gonzalo, que los rebeldes moros arremetían furiosos á los cristianos desprevenidos ó indolentes; dando así rienda suelta á sus odios, por mucho tiempo reprimidos; y en la prevision de ser en breve acometidos por el prelado ministro ó el capitán general, construían improvisados parapetos y prontas defensas: confuso embrion de las modernas barricadas; como dice un escritor de nuestros días.

Creció con estas noticias, y llegó á su colmo, la indignación de Cisneros; el cual, si se hubiera dejado llevar de su carácter impetuoso, habría en aquel punto abierto la campaña contra los enemigos que provocaban su cólera, con tanta resolución como más adelante supo dirigir en persona el sitio y reñir la batalla y efectuar la conquista de Orán, que le valió, si no el anacronismo, la impropiedad de que la historia registre su ilustre nombre entre los de aquellos fuertes guerreros y grandes capitanes que ayudaron en sus militares empresas á los reyes católicos y al emperador.

El honrado Ramiro le hizo presente, con toda sumisión, que lo mejor sería que no se aventurase á ir contra los rebeldes; toda vez que se hallaban parapetados y apercebidos, y además era de temer que algún malvado intentase cometer un horrible asesinato en su sagrada persona.

—Lo prudente, á mi juicio, continuó, es que V. R. se retire á la Alcazaba, y allí espere que se apacigüe la sedición; ó en otro caso, que se digne ser mi huésped, hasta tanto que el capitán general acuda en apoyo de V. R.

—¡No quiera Dios, contestóle Cisneros, que atienda yo á la seguridad de mi vida, cuando la de tantos fieles está en peligro! No: estaré en mi puesto, y en él esperaré, si tal es la voluntad del cielo, la corona del martirio.

Palabras nobles y elocuentísimas, como Navarro y Rodrigo las llama, que fueron recojidas por la historia, y Marmol nos ha trasmitido; para demostrar que, según aquel dice oportunamente, no era Cisneros de la raza de esos hombres de estado, fanfarrones en tiempos de paz, y despreciables mujerzuelas, que huyen cuando el peligro asoma: huécas cañas que una brisa liviana echa al suelo, y presumen de altivos robles por el huracan respetados.

### XIII.

Para negarse á seguir el consejo de Ramiro, tenía Cisneros otros motivos fuertemente

poderosos, además de su intrépido carácter. Sabía muy bien, que en la corte, y apesar del firmísimo apoyo de la reina, le perseguía el odio sordo y sañudo del monarca; cuya parcial acusación, acaso llena de buen sentido en el fondo, pero indudablemente apasionada, adivinaba ó presentía; tal como el padre Granada gráficamente la describe, cuando dice que al saber Fernando V la rebelión del Albaicín, dirigió á Isabel I contra su prelado y ministro, *palabras muy pesadas*; estas fueron:

—Veis aquí, señora, vuestras victorias, que han costado tanta sangre á España, arruinadas en un momento por la tenacidad é indiscusión de vuestro arzobispo!

Por otra parte, conocía que el encono del pueblo hacía él era terrible, por lo mismo que nunca se granjeó su amor y respeto, sino su temor y antipatía; siendo muy fácil, que, agrandado el motin, si se le dejaba tiempo de crecer y convertirse en una insurrección, el conde de Tendilla careciese de las fuerzas necesarias para dominar á los rebeldes por la violencia.

Era de temer, por último, que el incendio del Albaicín se corriese á toda la ciudad, y aun se propagase á las Alpujarras; porque Cisneros, con su instinto de político hábil, de los que ven venir los acontecimientos, descubría en lontananza el doloroso desastre de Sierra Bermeja, en que había de perecer la flor de la nobleza andaluza, y las costosas guerras de los moriscos, destinadas á conmover este país, en tiempo de Carlos V y de los dos Felipes: guerras crueles, que si servirían de ensayo y prueba á D. Juan de Austria, para llegar á ser el héroe de Lepanto, también devastarían el reino granadino y enrojecerían las plateadas vertientes de nuestros pequeños Alpes; cuyos petrificados ventisqueros, arrancados de su inmemorial base por el sangriento paso de los guerrilleros cristianos y moriscos, y levantados en remolinos colosales por el viento huracanado de la tempestad, semejarían esas purpuradas plumas que se desprenden de las alas de un blanco cisne, acometido y destrozado por carníceras y rapaces águilas.

Todos estos motivos impulsaban á Cisneros á obrar como animoso ministro; como el hombre denodado que más tarde había de responder al almirante de Castilla, al duque del Infantado y al conde de Benavente, que ponían en duda su autoridad, como regente del reino, por Carlos el emperador:

—Esos son mis poderes.

Mostrándoles con el dedo los cañones cargados y los artilleros prevenidos, con las mechas encendidas; para romper y hasta despedazar á la insubordinada muchedumbre.

Prefería obrar así, mejor que invertir, como es racional y facilísimo, la construcción

de una célebre frase atribuida à un pontífice, para darla un sentido enteramente cristiano:

—A donde no pueda llegar con la espada de S. Pablo, alcanzaré con las llaves de S. Pedro.

Y era que, sin dejar Cisneros de ser un dignísimo prelado, se conducía entonces más como ministro de una monarquía potente y enérgica en los momentos mismos en que, con la unidad territorial, política y religiosa, se levantaba fuerte y altiva; para vengarse del fraccionamiento, la disgregación, el vergonzante feudalismo, que por tanto tiempo despedazaron sus entrañas. Era también, que Cisneros, uno de los pastores más eminentes que han florecido en esta patria de los Osios de Córdoba y los Isidoros de Sevilla, pertenecía en cuerpo y alma à esa edad de la iglesia católica, que alguno de sus historiadores y apolojistas, el erudito y poeta Chateaubriand, llama la edad guerrera, la edad política, la edad del feudalismo eclesiástico.

Lo cierto es que el arzobispo primado de España, no quiso dejarse persuadir por las prudentes razones del buen Ramiro y aun del soberbio Gonzalo; y ya se disponía à salir contra los sediciosos, cuando el sonido de las trompetas y los atabales, que no muy lejos percibió de pronto, le hizo asomar à la puerta del càmren con precipitación, y entonces vió (dudoso es definir si con placer ó con pena) llegar al noble conde de Tendilla, y à su lado un afez que conducía levantado, con respeto y orgullo, el castellano pendon, temolado, años antes, por aquel en la torre de la Vela, seguido esta vez de reducida pero brillante tropa; y al benigno arzobispo de Granada, el humilde Talavera, precedido de la sagrada enseña de la Cruz, que un capellan le llevaba, estrechando él un Santo Cristo de marfil contra su pecho tierno y generoso. De esta suerte iban à juntarse, para desenlazar el drama de la rebelion del Albaicin, los dos elementos contrarios cuyo paralelo me propuse hacer en este ensayo de novela histórica: la fuerza y la dulzura.

(Concluirá.)

N. DE PASO Y DELGADO.

#### EPIGRAMA.

Vió Pedro à un desesperado  
moceton de mucho brio,  
tirarse de un puente à un rio  
y quedarse como ahogado;  
mas sin notar, que mojado  
echó à nadar y salió.

Pasó un año y Pedro vió  
al tal mozo, y dijo así:

—¡Ese que va por allí  
hace un año que se ahogó!

LUIS BORBUJO.

## ANA LA LOCA.

En un camino vecinal abandonado hoy por estar próximo à mejores y mas anchas vias de comunicacion, existe hace ya muchos años, una especie de venta al límite de un espeso bosque y muy cercana à las ruinas de una antigua ermita.

A pesar de su poca importancia, la venta era muy frecuentada, tanto por los campesinos de la inmediata alqueria, cuanto por los muchos aficionados de los alrededores que iban de caza al bosque. Unos y otros hallaban siempre recostada contra la puerta una mujer jóven aun, pero enflaquecida, ajada y miserable, que llevaba marcado en sus facciones el triste sello de la demencia.

¿Quién era aquella pobre loca, cuyos ojos uraños é inmóviles, indicaban un alma desgarrada por el infortunio?

Nunca lloraba; pero de continuo se escapaban de su pecho hondos suspiros. Jamás se lamentaba; pero su silencio revelaba la calma de un mal irremediable.

La loca nada pedía: ni socorro, ni piedad. Insensible al rigor de las estaciones, el viento del invierno helaba sus hombros descarnados y medio desnudos, y el ardor del estío tostaba sus mejillas, siempre cubiertas de la mortal palidez de la desesperacion.

Y sin embargo, no hace mucho tiempo la pobre Ana era jovial y al parecer dichosa. El viajero que haya pasado por aquel camino, recordará siempre que no habia en el país una jóven tan linda, una jóven tan alegre como Ana, la criada de la venta, que encantaba à sus huéspedes cuando salía à recibirles con su franca y agradable sonrisa.

De varonil corazon, no participaba de los pueriles temores de los aldeanos de las cercanías, y hubiera pasado, aun de noche, por cerca de la ermita, cuando el viento silbaba à lo largo de sus sombríos muros.

Amaba, y era la prometida esposa del jóven Antonio; pero este era holgazan y de conducta equívoca y misteriosa. Los que le conocian, compadecian à la pobre Ana; pero esta, ciega por el cariño, solo veia en su no-

vio buenas cualidades, y fundaba en la realización de este enlace la felicidad de toda su vida. Pocos días antes del señalado para la boda, una noche de otoño, sombría y tempestuosa, dos señores de las cercanías, dos cazadores, estaban sentados al fuego que ardía en el hogar, y fumaban en silencio, escuchando con la satisfacción del que se halla á buen abrigo, el viento que silbaba impetuoso. Ana, alegre y vivaracha como de costumbre, se preparaba á servirles una succulenta cena.

—Es un verdadero placer, exclamó uno de ellos, estar como nosotros estamos, alrededor de una buena lumbre, oyendo bramar el huracán en la campiña.

—Hé aquí una buena noche para visitar la ermita, repuso su camarada; yo creo que el hombre que quisiese dar una vuelta por las ruinas no tendría nada de cobarde. Por mí sé decir que temblaría como un chico, solo de oír crujir la yerba bajo mis piés; y haciéndome supersticioso, creería ver salir á recibirme la sombra del ermitaño; lo que no extrañaría, pues hace un frío capaz de resucitar los muertos.

—Apuesto un almuerzo, que esa, repuso el primero señalando á Ana, no teme aventurarse á la expedición, apesar de la hora y de la mala noche.

—Apuesta y pierdes, respondió el otro con risa burlona. Sostengo que á cada paso creería ver una sombra, y cada roca, cada arbusito, le parecerían almas del otro mundo.

—¡Y había de sufrir Ana una ofensa hecha á su valor! exclamó el cazador sonriendo; nó, yo no perderé, porque veo en sus ojos que está pronta á emprender la marcha, y á ganarse un pañuelo nuevo, trayéndonos una rama de la encina que crece en el viejo muro.

Ana aceptó la prueba con intrépida alegría, y tomó el camino de la arruinada ermita. La noche era oscura: el viento bramaba sordamente, impulsando las nubes, de que se desprendían heladas gotas, y la jóven temblaba de frío.

Siguió el sendero por ella bien conocido, al fin del cual se elevaban las ruinas, y entró bajo la bóveda de la ermita, sin sentir la más ligera impresión de terror. Sin embargo, las

ruinas estaban tristes y desiertas, y la sombra que proyectaban parecía aumentar aun más la oscuridad de la noche.

Todo estaba silencioso en torno de ella, excepto cuando una ráfaga de viento se estrechaba ruiendo contra el viejo edificio: pero, siempre intrépida, atravesó las ruinas cubiertas de musgo, y llegó á la última cerca, donde se apoyaba la añosa encina.

Ya allí, subió sobre unas piedras para poder alcanzar, y se esforzaba en arrancar la rama, cuando el sonido de una voz pareció herir su oído. Detúvose, conteniendo la respiración para escuchar: su corazón latía apresuradamente de temor.

El viento silbaba, y las hojas de yedra se agitaban sobre su cabeza destocada.

Escuchó... pero nada oía... De repente cesó el viento, y su corazón se comprimíó,... porque percibió distintamente ruido de pasos que se le acercaban.

Despavorida y casi sin aliento, deslizóse detrás de una gruesa pilastra. En aquel momento la luna brilló, saliendo en parte tras de una opaca nube, y Ana distinguió á su claridad dos hombres que llevaban en sus brazos el cuerpo de otro al parecer muerto.

El viento, que empezó á silvar de nuevo con violencia, le llevó el sombrero á uno de aquellos hombres, viniendo á rodar á los mismos piés de la pobre Ana, que sintió faltarle la vida; y conociendo el peligro, dejóse caer de rodillas, cerró los ojos y se preparó á morir.

—¡Maldito sea el sombrero! exclamó el hombre deteniéndose.

—¡Bahl ocultemos ante todo el cadáver, que tiempo tendremos después de venir por él; replicó su camarada.

Continuaron su marcha. Ana los sintió pasar por su lado, sin que afortunadamente percibieran su presencia, y en cuanto vió que se alejaban internándose en el bosque, se apoderó del sombrero, y huyó precipitada por entre las ruinas.

El mismo miedo le inspira valor; corre como una insensata sin volver la cara atrás, llega á la venta, empuja la mal cerrada puerta, y se presenta á los sorprendidos huéspedes, dirigiendo en su redor miradas extravia-

das y llenas de espanto. Sus piernas fatigadas no pudieron ya sostenerla, y jadeante, sin aliento, se dejó caer sobre el suelo, sin poder articular una palabra.

Antes que sus descoloridos labios pudiesen responder á las mil preguntas que le dirigian, sus miradas se fijaron en el sombrero que apretaba entre sus crispadas manos; pero en el instante cerró sus ojos con un movimiento convulsivo: un grito ahogado se escapó de su pecho: el horror mas profundo se pintó en su semblante; y perdió el sentido, presa de convulsiones espantosas. ¡Acababa de reconocer el sombrero de Antonio, su novio, por una cinta que ella misma habia puesto en él, con su propio nombre!...

Inútiles fueron por el momento cuantos auxilios le prodigaron. Al fin triunfó la juventud y volvió á la vida, pero no á la razon. ¡La pobre Ana estaba loca!...

Este triste acontecimiento llevado de boca en boca; los detalles revelados por las incoherentes frases de la desgraciada, y el sombrero, que fué reconocido, pusieron á la justicia en camino de conseguir la captura de una partida de salteadores que infestaba hacia algun tiempo aquellos contornos. Antonio, preso por formar parte de ella, y convicto de varios robos y asesinatos, fué juzgado por la ley.

La locura de Ana era tranquila. Pasaba sus tristes dias esperando siempre á su novio, á la puerta de la venta, y adornando sus cabellos para la boda, con ramas que cogia de la añosa encina.

Cerca de la vieja ermita, y en el linde del camino, se veia aun no hace muchos años, la horca donde Antonio expió sus crímenes. Los campesinos y cazadores de las cercanías la miraban al pasar, y suspiraban pensando en la pobre Ana, la servicial criada de la venta.

J. ACOSTA.

Es la vida un viaje acelerado  
del mundo por el áspero sendero;  
y el hombre, caminante extraviado.  
—¡Ah, pues que le devuelvan su dinero!

## REFLEXIONES MORALES

(DE JUSSIEU.)

Tiene mas mérito la virtud que el genio: el genio es un don que no se adquiere; la virtud es una gracia otorgada á condicion de obtener un triunfo sobre nosotros mismos, casi siempre tras penosos y reñidos combates. El genio, los grandes talentos, son útiles á los hombres, esto es inconcuso; pero en rigor se podia pasar sin los servicios que prestan: en vez de que sin la virtud, no hay lazo alguno que una á los hombres sino el de un interés egoísta, que calcula siempre el valor de lo que recibe, y el precio de lo que dá.

Hay un sentimiento esquisito con el cual están adornadas tan sólo las almas bellas, que hace agradables los favores, que dá confianza á la desgracia temerosa, que dobla el precio de los consuelos, que impide la vergüenza del arrepentimiento, que elimina el recuerdo de lo desagradable, que evita las comparaciones odiosas, que sabe dirigir á tiempo un reproche amistoso ó una alusion lisonjera, que presta, en fin, atractivo á todas las virtudes; este sentimiento, es la *delicadeza*.

La religion cristiana ha hecho de la esperanza una virtud. Esta virtud seria demasiado sencilla, si no necesitara el auxilio de la paciencia.

La paciencia es el mayor mérito de la esperanza: esta tiene su base en aquella.

Sufrir y esperar con paciencia, confiados en la bondad y en la justicia del que nos somete á las pruebas de la vida, hé aqui lo que constituye la virtud de la *esperanza*.

La cotorra habla sin saber lo que dice: el mono gesticula sin necesidad: el buho baja la cabeza y permanece taciturno.

El hombre debe tener mucho cuidado en hacer de manera que no se le pueda comparar con alguno de estos animales.

El agradecimiento es la virtud de los buenos corazones: la fidelidad es la grandeza de los humildes: el respeto es el deber de todos.

A. RUIZ.

## ABUSO DE CONFIANZA.

GRANADA 27 DE JUNIO DE 1869.

Mi querido Alfredo: por las revistas que van publicadas en el periódico *El Liceo*, y por la importancia siempre creciente de cada reunion, podrás comprender la de ayer noche. Podría dispensarme de referirtela puesto que como todas, se ha de describir en el periódico; pero como no verá la luz pública hasta el 15 del próximo, quiero anticiparte, al menos, una ligera idea. Antes te diré, que la causa de este retraso es que en el día 26 ya estaba compuesto el número del 1.º de julio. No te estrañe pues, recibir ahora en el núm. 7 la descripción que hice de la reunion del día 12. Es una contingencia inevitable que todos sentimos, y no por tí, como puedes suponer, sino por los socios, que anhelan, como es natural, saber lo que pasó y la forma en que se le cuenta al público.

Pero vamos al grano y basta de paja, y dime luego si te agrada el conjunto. (No el de la paja y el grano, sino el de esta epístola).

Se principió bailando unos *lanceros*, como viene siendo costumbre, sin que te pueda dar la razon de ello.

El amigo D. José García Ayola, del que ya tienes noticias, cantó en seguida el aria de bajo introduccion del *Trovador*, acompañándole al piano su profesor el Sr. Espinel y Moya. Nada puedo decirte en su elogio, que aumente la favorable y justa idea que tienes formada de tan excelente aficionado.

Luego la simpática Srta. Amalia Hernandez, mi particular amiga, cantó la romanza de *Il Corsaro*; con una maestria, un gusto y un aplauso, propios de su indisputable y reconocido merito y de sus extraordinarias facultades.

Apolo pidió su vez para terciar en sesion tan brillantemente inaugurada, é inspirando á su muy favorecido intérprete D. Aureliano Ruiz, nos hizo oír unas bellísimas semblanzas de los socios activos del liceo, que por occurrentes, exactas y picantes, despertaron la hilaridad de la reunion, y fueron calurosamente aplaudidas. Te copiaría algunas, por lo menos la mia si la recordara; pero confío en que accederá el autor á los ruegos que todos le hacemos porque las publique, y entonces me verás como á todos los que fielmente retrata.

La señal de unos *lanceros* animó á la pollería, y unas veintitantas parejas se echaron en brazos de Terpsicore.

En cada cuadrilla habia su conversacion á cual mas animada. En unas era el tema las semblanzas recién leídas; en otras el amor tomaba parte; en otras... y por qué no te lo he de decir á tí, que me guardarás el secreto? en otras se estrañaba que el raso se dejara ver esta noche; y lo grande es, que en los corrillos de las mamás no se hablaba de otro asunto. Yo pesqué al vuelo en unos y otros círculos, frases sueltas como las de:

UNA NIÑA:

—Mira aquella con qué rico vestido de seda se ha venido; si ignorará nuestro convenio?

UNA MAMÁ:

—Hija, pues lo que es yo á mi niña antes la dejo en casa que traerla con lujo.

UN POLLO GALANTE:

—Señorita, la que como V. tiene tantos atractivos naturales, no necesita galas ni adornos.

UN GALLO:

—Yo lo que siento, señora, es que si siguen ese ejemplo, se establecerá la rivalidad, la pugna por sobresalir; y esto, aun á las que pueden alternar, las desagrada y las acarrea mil disgustos; á las que no pueden competir, las retrae; á nosotros nos escama; y sería en fin, la muerte de estas reuniones tan gratas y tan deseadas.

UNA JÓVEN SENSATA:

—Pues yo, ni por esas; no salgo de mis trece; á todas las reuniones he de venir tan sencilla como me vés, ó mas si cabe. Verdad es, que aunque quisiera ponerme las muchas y ricas galas que tengo en casa, mamá no me lo permitiría.

Estas conversaciones y el baile, concluyeron á la vez; y se sentaron al piano las Señoritas Elisa y Aurora Moreno, discípulas tambien de D. José Espinel y Moya, que tocaron á cuatro manos una brillante fantasía sobre motivos de Luisa Miller.

Estas encantadoras niñas tuvieron una justísima ovacion á su mérito, con el nutrido aplauso que recibieron; y confiamos en que será estímulo para que sigan contribuyendo á dar lucidez á estas pacíficas justas artístico-literarias.

Pero... ¿qué vá á suceder ahora que todos se agolpan y toman posiciones, y tosen, y se preparan con ese murmullo precursor á un acontecimiento?—Que la Srta. Martirio Fernandez Arroyo vá á cantar la *Casta Diva*. D. Baltasar Mira, su profesor la acompaña; el

preludio aun no es escuchado; un silencio sepulcral se sucede cuando el aria principia, y el entusiasmo precipita á veces los aplausos que se inician, y á cada final estallan. Esta preciosa jóven, ya te he dicho que, como cantante, es una artista consumada, y no hallarás extraño que luzca entre aficionados, aun del indisputable mérito, de los de esta sociedad.

He dicho preciosa jóven, y lo es tambien en efecto, y amable, y complaciente, y virtuosa y elegante, y..... vamos, que solo tiene *para mí* un *pero*, que en nada sin embargo la perjudica.

D. Antonio Salazar leyó despues una bonita poesia escrita en el album de la Srta. Arroyo, que mereció plácemes y aplausos, y le fueron tributados a su conclusion.

D. Restituto Santa Cruz, que es el amigo de más peso que tengo en Granada (lo menos 16 arrobas de amigo), cantó en seguida el aria de baritono de *Gemma di Vergi*, acompañando por D. José Espinel y Moya, de quien es aventajadísimo discípulo. Con esto te digo el éxito que obtuvo. La sociedad así lo apreció tambien por el nutrido y general aplauso con que le saludó al final.

La Srta. D.<sup>a</sup> Carmen Fernandez y Gomez, de quien desde cuando yo estaba en Ciudad-Real, donde tuve la dicha de conocerla, te he encomiado su mérito al piano, tocó una gran fantasia sobre motivos del *Fausto*, con esa ejecucion, limpieza y buen gusto, que hacen de ella toda una profesora. Su maestro, D. Antonio Guillen, no presentó en esta noche otra discípula, pero ella sola basta á acreditar la inteligencia y acertada direccion de aquel.

«¿Por qué las mugeres, tanto se componen la cabeza?»

Hé aquí el título y tema de un precioso y oportuno romance que leyó nuestro presidente de la seccion científico-literaria, D. Nicolás de Paso y Delgado. Durante su lectura tal vez alguna envidiaba mi calvicie. Tal y tan dura era la leccion ó consejo que les daba la autorizada voz de su autor; á quien apesar de todo no pudieron menos de aplaudir, por el mérito de su bella composicion.

El profesor D. José Espinel y Moya, ocupó luego el piano para acompañar el duetto de contrato y tiple de *Saffó*, que cantaron las Srtas. D.<sup>a</sup> Ascension Rodriguez y D.<sup>a</sup> Amalia Hernandez con una precision y una maestria superiores á todo elogio; fué de oír la admirable y perfecta interpretacion de este duetto: y terminado entre frenéticos aplausos, se dió la seña de batir tiendas, con una *virginia* de despedida para la gente jóven. Era la una. Allí se mezclaron con los saludos y cortesias propios del baile, los apretones de manos, dulces

miradas y hondos suspiros; elocuentes muestras de la impacencia con que quedan esperando otra reunion para gozar de las dulces emociones que proporcionan.

Hé aquí, mi querido Alfredo, el detalle al por menor y por arrobas, de la octava reunion de confianza, en cuya descripcion, aunque ligera, me he detenido más de lo que pensaba, y me priva de hablarte hoy de otras cosas.

A Prudencio y Adriana muchos besos, un abrazo á Julia, y tuyo el cariño de tu apasionado hermano.

LEO.

*Nota como mia:*

Se me ha perdido *esta carta*, y lo siento; porque si la coge la redaccion y la publica, me comprometo.

LEOPOLDO E. DE ARCE.

#### ACUERDOS DE LA JUNTA DE GOBIERNO.

En la sesion del dia 30 de abril último, se dió cuenta del fallecimiento ocurrido en Madrid, del distinguido literato y juriconsulto el Sr. D. Salvador Andreo Dampierre, uno de los socios fundadores de este liceo, y digno presidente que fué, por espacio de muchos años, de la seccion de ciencias y literatura. La junta acordó, por unanimidad, se le diera el más sentido pésame á su apreciable familia, asociándose al sentimiento producido por tan irreparable pérdida; y que se encargara hacer á la seccion de artes, el retrato del ilustre finado, para colocarlo con toda solemnidad en el gran salon de actos: pagando así un pequeño tributo á los grandes merecimientos de tan antiguo socio, que honre á la vez su grata é imperecedera memoria.

A propuesta de la seccion de ciencias y literatura ha sido nombrado *socio de mérito* el Sr. D. José España Lledó, en atencion al número y bondad de los trabajos leídos en la redaccion de la presente revista, algunos de los cuales hemos publicado ya con aplauso y estimacion, y otros ocupan turno en cartera.

#### BASES, PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Esta revista se publica los dias 1.<sup>o</sup> y 13 de cada mes, en dos pliegos de impresion, 4.<sup>o</sup> prolongado, con 32 columnas de lectura compacta, igual al presente número.

Su precio por suscripcion, es: 2 rs. al mes en la Cajita; 8 rs. trimestre fuera de la misma. Número sueltos 2 rs. indistintamente. Para los Sres. socios del Liceo, gratis. Los Sres. socios exentos de pago, tienen derecho á una suscripcion, abonando un real mensualmente.

Se suscribe en la Secretaría del Liceo, donde se hallan establecidas las oficinas del periódico.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.